

## SANGRE

Hipnotizada no podía separar la vista de su brazo de donde salía la sangre. El color rojo era distinto al que ella se imaginó que tendría, era más oscura. Recordó todas las sangres vistas hasta ese momento: el de su regla y el de la regla de su mamá y de una de sus amigas, el de las gallinas al cortarles el cuello, el de las reses en las carnicerías; la de Jorgito, su hermano menor, al salirle de las narices y nada más. Todas eran distintas, tenían brillo diferente; unas eran más leves, otras más espesas. No recordó olores, pero pensó, seguramente que todas huelen mal. No quiso oler la suya propia, estaba segura que al hacerlo se iba a desmayar, y eso no, eso es lo que había estado evitando desde que empezó todo. Ella iba a aguantar hasta el fin, vería todo, oiría todo. Fue una decisión propia, nadie la obligó a hacerlo. En ese momento pensó que era una lástima no tener un espejo a la mano para poder contemplar su rostro. De seguro estaba pálido, lívido, y eso le aumentaría su belleza. Sus ojos oscuros iban a resaltar igual que su cabello negro, sedoso. Si estuviera presente su novio Fernando...Se le cerró la garganta al recordarlo, unas lágrimas salieron de sus bellos ojos. Respiró profundamente para seguir con sus pensamientos. Si estuviera presente Fernando y la pudiera contemplar así de blanca de seguro se le iba a ocurrir un verso, un verso a la muerte. Fernando con cualquier motivo escribe versos, recordó, eso fue lo que la hizo enamorarse de él. Desgraciadamente no sólo a ella se los escribía. ¡ Es un desgraciado! afirmó para sí misma. Él quien sabe con quien estaría en ese momento mientras ella iba perdiendo la sangre poco a poco. La palabra muerte regresó brutalmente borrando la imagen del novio. ¡Muerte! ¿ Qué edad tenía ella? Veinte años, los mismos de Julieta, la de Romeo. No, ella murió antes de los

quince, se explicó a sí misma. Pensó en escribir una carta póstuma a su madre para pedirle que cuando la colocaran en el ataúd le dejara suelto el cabello. Lloró viendo en su mente a todos los que gemían y se desesperaban por su trágico fin: sus padres, Fernando, sus hermanos, su abuelita Inés, a la que quería tanto; sus amigos y amigas, sus maestros. Nuevamente fijó la vista en el brazo. La sangre manaba lentamente, no a borbotones como ella creía. ¿Cuánta de ella tendría que perder antes de morir? ¿Sentiría algo en ese momento o simplemente se quedaría dormida? ¿Quién será el que le avise a su madre, a su novio? Todas estas preguntas se quedaron sin contestación cuando la enfermera encargada de la campaña de donación de sangre llegó a retirarle el cateter del brazo. No le dolió.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

2001